

MI PRIMER AMOR

LIGHT BLUE

“Y ahí estoy yo con mis ojos llenos de lágrimas en compañía de mi madre que me abraza fuerte despidiendo al padre de mi primer amor. Tantos sentimientos encontrados, mi garganta apretada impide emitir algún sonido. La ingenuidad de mis trece años no me dejaban comprender”.

El Comandante Parada es un destacado oficial de Ejército y también es mi papá. Ha servido al país en diferentes ciudades de Chile y el extranjero.

Este año de 1973, Iquique es el nuevo destino de nuestra nómada familia. La Tierra de Campeones, como la llaman por los destacados deportistas nacidos aquí. Esta ciudad del norte, rodeada de cerros desiertos, sin vegetación, pero de hermosas playas y la calidez de sus habitantes, la transforman día a día en un ambiente de carnaval y alegría. Iquique se puede recorrer caminando, un lugar donde me siento feliz y segura.

Aquí, vivo mi adolescencia en la Villa Militar, muy cerca del aeropuerto, lo que nos permite junto a mi hermana Sofía ir en busca de todos los artistas que vienen a dar recitales aquí al norte. Dentro de mi preciada colección de autógrafos, están los de Budy Richard, Cecilia, Luz Eliana, Paolo Salvatore, Luis Dimas, los Bric a Brac, Sandro y Rafael. También tengo fotos con algunos de ellos.

Hoy, sábado por la tarde, vamos con mi hermana Sofía a la Plaza Arturo Plaza Prat, también conocida como la Plaza del Reloj, ya que en el centro tiene un torreón con un reloj gigante en lo alto. A las seis de la tarde este lugar es el más concurrido por los jóvenes que asistimos a aplanar las calles, como dicen los adultos. Todos damos vueltas y vueltas en la misma dirección, tratando de ver a nuestras amigas y quién sabe si aparece alguien que nos robe el corazón.

Durante nuestra quinta vuelta a la plazoleta, aparece Patricio. Muchas veces lo he visto, pero hoy, está más guapo que nunca, ¡muy guapo!. Siento cosquilleos en mi estómago. Cabello rubio, ojos azules, alto, delgado, un seductor de gran personalidad para sus dieciséis años. Las niñas nos derretimos ante sus encantos.

Este día, 5 de agosto de 1973, nuestras miradas se cruzan por primera vez. El guapetón sonrío, me cierra un ojo y me dice —Hola Amanda—. Mi cara enrojece al instante, el corazón se me acelera a mil y dejo de respirar por unos segundos para no seguir sonrojándome, esta es mi técnica, ya que siempre me pongo roja y me da mucha vergüenza.

—¿Qué ve Patricio en esta, tímida flacuchenta, rubia desabrida, con lentes, que se pone roja hasta cuando pasan la lista de curso? — comenta mi madre acariciando mi cara.

Nuestra casa queda junto al único parque de grandes y añosos árboles. Aquí los amigos nos juntamos todas las tardes. Mi príncipe azul que ya sabe donde vivo, hace uso de todos sus encantos, los que logran mantener el cosquilleo en mi guata, mi pulso en alto y el color de mi piel siempre sonrojada. Un día llega con chocolates, al otro con flores y al siguiente con algún peluche, es un romántico.

—Lo que más me gusta de ti es cómo pasas de rosa a fucsia en un segundo — me dice Patricio con una dulce carcajada.

Sábado 20 de agosto. Luego de varios días de cortejo, llega el soñado momento. Nos alejamos del grupo de amigos que está en el parque y viene la esperada pregunta:

—¿Quieres pololear conmigo, Amanda Parada?

Yo, por supuesto, solo quiero decirle que ¡sí!, ¡sí!, ¡sí! Pero debo contenerme, no es visto con buenos ojos contestar inmediatamente.

—¡Hummm! lo voy a pensar hasta el lunes —le contesto nerviosa, muy nerviosa.

Patricio toma mis manos, las aprieta contra su tembloroso cuerpo al igual que el mío y me besa por primera vez. Recibo mi primer beso con lengua y no me gusta. Se produce un intercambio de salivas “guácala”, realmente asqueroso, pero dicen que al igual que el vino cuando lo tomas por primera vez te desagrada, después lo aceptas y al final te encanta. Pongo en práctica mi profundo raciocinio y me convengo de que el beso terminará por gustarme.

Antes de terminar aquel beso, salgo corriendo muerta de vergüenza a la casa para contarles a mamá y a Sofía. Ellas muy emocionadas me dicen que espere por un nuevo beso hasta el lunes cuando le conteste —¡sí!, ¡sí! si quiero —

Papá escucha la conversación e interviene:

—Amanda dile a ese jovencito que venga a hablar conmigo antes. Quiero conocer al que se está robando el corazón de mi hija —me dice burlonamente.

Este tierno y romántico guapetón me hace sentir muy querida. A la familia también le gusta. Conversa mucho con papá. Le cuenta que es hijo de un profesor y que tiene dos hermanas. Nos reímos mucho, disfrutamos del aire libre y del cine. Ya al cabo de una semana, sus besos han comenzado a gustarme. Me gusta que me bese. ¡Lo sabía!, era cosa de tiempo...

Hoy es 10 de septiembre de 1973 y el Comandante Parada se va de viaje de campaña. Durante las campañas, los militares realizan juegos de guerra para estar siempre preparados contra el enemigo. Se hacen periódicamente en lugares apartados de la ciudad. Papá le dice a mamá que nos cuide mucho y que no vayamos al colegio al día siguiente. Luego los escucho hablar detrás de la puerta con voz muy baja:

—Mi amor, si no recibes noticias mías por algunos días, quédate tranquila. Estaré bien.

Ella, no hace preguntas.

Es 11 de septiembre. Por la mañana, muy temprano oímos un fuerte ruido de aviones que nos despierta. También se sienten helicópteros, disparos y vehículos militares circulando por las calles. Nos levantamos muy asustadas con mi hermana y corremos a la pieza de mamá. Ella nos mete en su cama y las tres abrazadas volvemos a dormir.

Al despertar, encendemos la radio. Comienzan los comunicados radiales, ya no hablan locutores, hablan militares.

—Bando número uno. Las Fuerzas Armadas y de Orden han asumido la conducción de Chile. Permanezcan en sus casas y estén tranquilos. Estamos aquí para recuperar el orden, la paz y la tranquilidad de nuestra patria —habla un General.

—¿Dónde está el papá? —le pregunto a mi madre.

—Tranquilas, papá nos está protegiendo. Todo va a estar bien —responde con voz temblorosa.

Continúan los bandos por la radio. El nombre de mi padre es mencionado constantemente en las listas que el Partido Comunista tenía de personas para eliminar.

Han pasado nueve días, papá llega a visitarnos. Estamos muy felices de verlo, lo abrazo y lo aprieto mucho para sentirlo. Estaba muy asustada de que no regresara. Nos cuenta que esto ha sido una guerra.

—Son o los comunistas que han destruido el país o nosotros, que estamos custodiando el orden de Chile — nos dice. Yo, por supuesto, prefiero a mi papá.

—Ellos venían a cambiar nuestro país con doctrinas marxistas por medio de armas — eso yo no lo entiendo mucho continúa papá.

En Pisagua, cerca de Iquique, encontraron un gran cargamento de rifles y fusiles. Dice que los comunistas tenían todo planeado. Dejaríamos de ser libres, estaríamos sometidos a un gobierno donde no existiría Dios, tampoco las Iglesias y los valores morales con los que nos estaban educando. Los niños estaríamos en los colegios aprendiendo doctrinas que nos alejarían de nuestros padres y solo pensaríamos en servir a una causa que va en contra del derecho de las personas a desarrollarse libremente.

Esa misma noche el militar estando solo con mamá le comenta que se había enterado de que uno de los líderes del partido había sido abatido y muerto en un enfrentamiento en una población. Guillermo Rojas, era un dirigente activo del Partido Comunista, y era el papá de Patricio. El Comandante le dice que asistamos al funeral pero que mantengamos distancia por nuestra seguridad. Mi madre, con lágrimas en sus ojos, estaba realmente confundida. No podía creer lo que acababa de escuchar. El padre del pololo de su hija, un joven que se veía de buenos principios, cariñoso con toda la familia, hijo de un cabecilla. Por su mente pasan tantas ideas como que Patricio venía a espiar a nuestra casa. Trataba de hilar cabos en alguna de sus actitudes, pero no las encontraba. Papá le pide a mami que me cuente al día siguiente cuando él ya no esté, no podía ver el dolor, el desconcierto y la tristeza que esto provocaría en mí. Tampoco resistiría ver mi cara pidiéndole explicaciones que el no tenía. Esta noticia fue para todos insospechada. En la mañana, muy temprano, antes de irse al cuartel nuevamente, sube a darnos un beso de despedida. Creo que pensó que yo dormía. Me besa y abraza tan fuerte que escucho su corazón latir como si se le fuera a escapar. Al sentirlo, lo aprieto sin querer soltarlo.

Me dice que pronto regresará. Se levanta rápidamente de mi cama para irse, alcanzo a ver sus ojos mojados y quiebro en llanto desconsoladamente. Mi madre llega a verme, sus ojos tristes querían contarme algo.

Al día siguiente, nos encontramos las dos con pañuelos en nuestros cabellos y lentes oscuros, arriba de un taxi camino al funeral.

“ Y aquí estoy yo con mis ojos llenos de lágrimas en compañía de mi madre que me abraza fuerte, despidiendo al padre de mi primer amor. Tantos sentimientos encontrados, mi garganta apretada impide emitir algún sonido. La ingenuidad de mis trece años no me dejaban comprender.

Mí amado Patricio:

En este día tan triste en tu vida, no puedo abrazarte, tomarte la mano, ofrecerte mi hombro y ayudarte en tu consuelo. Observo a lo lejos y en silencio, tu mirada perdida, tus lágrimas contenidas recibiendo abrazos y condolencias de mucha gente que no conoces. Tú, el hijo mayor, de apenas dieciséis años, ocultas tu pena bajo unos lentes oscuros para consolar a tu madre y hermanas.

Patricio mi amor hacia tí sigue intacto. Tus caricias y tus besos aún permanecen en mí.

Nunca más volvimos a vernos, no hubo reproches. La ingenuidad de nuestra adolescencia y el amor que ambos sentimos fueron incapaces de culparnos, creo que privilegiamos la pureza de nuestro primer amor.

